

SEGUNDA PARTE

BELGAS Y MEJICANOS

Marchando hacia el mismo punto,
Y por opuestos caminos,
Se ven dos grupos que llegan
Hasta las puertas de Acuitzio.

Los que de Morelia vienen
Están con lujo vestidos,
Arrogantes los caballos
Y los jinetes altivos :
Sus militares arreos
Por lo nuevo y lo limpios,
Muestran que están del Imperio
En defensa y en servicio.

Los que por opuesto lado
Marchando vienen tranquilos
Visten como guerrilleros
Con natural desaliño.

Blusa corta, calzonera,
Ancho sombrero tendido,
Suelta la roja corbata,
Canana y pistola al cinto.
El polvo y sudor que cubre
A los guerreros, indicio
Es, de que por larga senda
Violentemente han venido.

Al mirar que se aproximan
Los dos grupos de enemigos,
Temerosos de un encuentro
Se preparan los vecinos
A presenciar un combate
Fiero, sangriento, reñido.

Pero notan con asombro
Que llegan al pueblo mismo,
Y se forman frente á frente
Con aspecto tan tranquilo,
Como si más que adversarios
Fueran dos grupos amigos.

De los soldados el rostro,
Su ademán franco y pacífico
Ni da señal de coraje
Ni pinta bélico brío;
Ni una palabra se cruza,
Ni se escapa ningún grito
Y mutuamente se miran
Curiosos y no ofensivos.

Así pasan largo rato,

Hasta que por los caminos
De Tacámbaro y Morelia
Que son los dos recorridos,
Se ven venir lentamente
Dos columnas y están fijos
Todos los ojos en ellas,
Esperando con ahinco
De aquel episodio extraño
El final desconocido.

Mucha gente es la que llega;
De polvo los remolinos,
Indican que la vanguardia
A entrar comienza en Acuitzio.

Desembocan en la plaza
De poca escolta seguidos,
Los jefes de opuestos bandos
Con rostro alegre y festivo,
Y quizá por vez primera,
Por voluntad del destino,
El belga y el mejicano
Que tanto se han combatido,
En momentos tan solemnes
Se tienden manos de amigos.

Bocarmé, capitán belga,
Es él que mandando vino
A las fuerzas del Imperio,
Y del opuesto partido
Viene el coronel Linarte,
Joven valiente y altivo.

De los caballos descienden,
Y departiendo tranquilos
Entran juntos a una casa
Principal del municipio.

Se escucha en tales momentos
El monótono ruido
Del paso de los infantes
Que se acercan a aquel sitio,
Y acrece más el asombro,
Y acrece más el bullicio,
Y resuenan carcajadas
Y alegres voces y gritos,
Cual si estuviera de fiesta
El pueblo humilde de Acuitzio.

II

La plaza del pueblo llenan
Muchedumbre de soldados,
Y allí están los prisioneros
Hechos por opuestos bandos.

Se cuentan los que han caído
De belgas y mejicanos
Y son más de setecientos
De todas clases y grados.
Generales hay algunos

Como Tapia y como Canto;
 Coroneles cual Villada,
 Borda, Pérez y otros varios;
 Y entre los belgas se tienen
 Muchas personas de rango.

Conversan alegremente
 Oficiales y soldados;
 En pabellones las armas;
 En reposo los caballos;
 Diligentes las mujeres
 Entre los grupos cruzando,
 Llevan lo que necesitan
 Allí, los recién llegados,
 Y sin hacer distinciones,
 Tan pronto á republicanos
 Como á imperiales atienden
 Con igual desembarazo.

Bien pronto la confianza
 Se adquiere por ambos lados,
 Que todos parecen unos,
 Y al contemplar aquel cuadro,
 Dijérase que son todos
 No enemigos sino hermanos.

No ruge encendiendo enojos
 De la guerra el soplo airado,
 En aquellos corazones
 Que otras veces palpitaron
 Con sed de sangre y venganza
 Sobre aquellos mismos campos.

El imperial está amable.
 Está festivo el chinaco,
 Cruzan las conversaciones
 Entre los que ayer cruzaron
 Los temidos proyectiles
 La victoria disputando,
 Y hasta se acercan contentos
 Y se agrupan confiados,
 Guardianes y prisioneros
 Y belgas y mejicanos.

III

De pronto un clarín resuena,
 « Atención » es lo que toca,
 Repiten otros clarines
 Las mismas vibrantes notas,
 Y como inmenso hormiguero
 Miranse las blusas rojas,
 Los severos uniformes
 De oficialidad lujosa,
 Confundidos y revueltos
 Como en agitadas olas
 Que corren buscando el cauce
 En medio de abruptas rocas.
 Después de pocos momentos
 En batalla silenciosa,

Como esperando el combate
Ambas fracciones se forman.

Los prisioneros al frente,
Que si en su rostro se nota
Expresión de regocijo,
De sus labios no desborda
Ni una risa que interrumpa
La solemne ceremonia.

Salen *Bocarmé* y *Linarts*
Entre las filas vistosas,
Y el jefe republicano
Proclama con voz sonora,
Que va á celebrarse el canje
Ya convenido en sus notas
Entre el mariscal de Francia,
Bazaine, que en Méjico mora,
Y Riva Palacio, el jefe
De los soldados que forman
El Ejército del Centro,
Que en aquella misma hora
Queden libres y á su campo
Puedan volver sin zozobra,
Los que en guerra prisioneros
Se hicieron por ambas tropas.

Y en vista de tal tratado
Se declara que recobran
La libertad absoluta
Sin condición ni deshonra.
No bien terminó *Linarte*

De hablar, cuando se desborda
El júbilo estrepitoso
En unas gentes y en otras.

Los antes presos, se lanzan
Con efusión ciega y loca;
Los que van y los que vienen
Se abrazan, gritan y gozan;
Los destrozados vestidos
Ajenas lágrimas mojan;
Los kepis tiran al aire,
Cantan, aplauden, sollozan,
Y todos con un acento,
Y con voz atronadora,
Lanzan vivas entusiastas
Á Méjico y al que logra
Libertarlos de la muerte
Y al lograrlo se coloca
Á la altura de los héroes
Más grandes de nuestra historia.
¡Que viva Riva Palacio!
Repiten todas las bocas;
¡Que viva Méjico! gritan
Con entusiasmo las tropas,
Y belgas y mejicanos
En la expansión más hermosa,
Se abrazan y se confunden
Y hermanos son en tal hora,
Sobre aquellos mismos campos
Que baña el sol de la Gloria.

IV

Muchas veces en el mundo,
 Centro de horribles batallas.
 Por ley injusta y adversa
 Todas sus pompas la fama,
 Se las niega al que perdona
 Y se las presta al que mata;
 Pero al correr de los siglos
 La historia imparcial aclara
 Cuáles actos enaltecen
 Y cuáles hechos rebajan.
 La gloria que tiene sangre
 Queda con sangre manchada,
 Y no así la que redime,
 La que perdona y que salva,
 Para el noble combatiente
 En la tierra michoacana,
 Hermosos y verdes lauros
 La Posteridad le guarda :
 ¡Lauros que arrancó á la gloria
 Con la pluma y con la espada!
 En el cielo de su vida
 Todas las nubes son blancas,
 Su amor en la paz fué el libro,

En la guerra la montaña,
 En el poder la justicia,
 La honra en su hogar en calma,
 Y en todos sus pensamientos
 La grandeza de la Patria!

MAXIMILIANO

A MI MUY QUERIDO PRIMO CARLOS ADAME

Maximiliano de Hapsburgo
 Rige el Lombardo-Venetto,
 Porque Austria impone á la Italia
 Sus hombres en el gobierno.
 Es gallardo el archiduque,
 Joven y de gran talento,
 Avezado á las borrascas
 Del mar, que por mucho tiempo
 Cruzó en todas direcciones
 Visitando extraños pueblos.
 Tiene los ojos azules,
 Tan azules como el cielo,
 Y es tan rubio que semejan
 Rayos de sol sus cabellos.

Fina y espesa la barba
 Se la parte por enmedio
 Y le baja hasta los hombros
 Libre dejándole el pecho.
 Vástago de Carlos Quinto
 Y agnado á su trono excelso,
 Siempre lleva el toisón de oro
 Ornando el erguido cuello,
 Es con las damas galante
 Y dadivoso en extremo,
 Con sus iguales altivo
 Y con los súbditos tierno;
 Adora las bellas artes,
 Y como amigos discretos
 Le acompañan sabios libros,
 Cuadros de grandes maestros
 Y estatuas en que palpita
 El alma del gusto griego.
 Y cumplido y caballero,
 Y juntos en su semblante
 Brillan conquistando afecto,
 La juventud, la nobleza
 La majestad y el ingenio.

II

En una tarde de mayo
 Tranquilos el mar y el cielo.

Maximiliano va solo
 En sus jardines amenos,
 Cruzando por las callejas
 De castaños y de almendros.
 Lleva la cabeza baja
 Absorto en mil pensamientos,
 Y está su rostro tan pálido
 Que se le creyera enfermo;
 No ha recibido á ninguno
 De los hombres del gobierno,
 Ni ha de sus íntimas cartas
 Los blancos sobres abierto.
 Halla de pronto á su paso
 Sentado en el césped fresco,
 Sobre un banquillo de mimbres
 Junto al tronco de un abeto,
 Á un hombre de blanca barba
 Y escaso y cano cabello,
 Vestido con traje humilde
 Pero limpio, alegre y nuevo.
 Sonríe Maximiliano
 Gustoso de tal encuentro,
 Y brillan sus claros ojos
 Con honda expresión de afecto.
 — Señor, le dice el anciano
 Con muy natural respeto;
 ¿Vuestra Alteza viene triste?
 — Tienes razón; triste vengo.
 — Lo sé, que os conozco tanto

Como el que más.

— Bien lo creo,

No en vano mi augusta madre
 Te nombró mi camarero
 Siendo yo niño.

— Tenfais

Seis años ni más ni menos,
 Y desde entonces, por nada,
 Ni del mar en los riesgos,
 Ni de la corte en las fiestas,
 Ni estando en extraño suelo
 Os he dejado, ni es fácil
 Que os deje, señor; os quiero
 Hasta donde más alcanza
 Querer un honrado pecho.

— Me ves muy triste...

— Os lo he dicho.

— Pues ríe de lo que pienso.

— ¿Reír?

— Son cosas de risa.

— Todo en vos es de respeto.

— Óyeme y no me hagas caso.

— Señor, siempre os obedezco...

— Entre mil supersticiones

Una ridícula tengo...

¿No ves en estos jardines,
 En el Palacio, en el templo,
 En las salas de tertulia,
 En el salón del Consejo,

En los anchos corredores,
 En todo, en fin, lo que tengo
 A mi alrededor, no encuentras
Emes de mármol, de hierro,
 De alabastro, de madera,
 De granito?...

— Lo comprendo,

Es cifra de vuestro nombre,
 Y cuanto miráis es vuestro,
 Natural es que esté en todo.

— Es natural, pero pienso
 Que tal letra es mi sentencia.

— Hablad, señor, no comprendo.

— Ni habrás de entenderme nunca.

¡Es un fatalismo necio!

Las *emes* me aterrorizan,
 Sábelo, me causan miedo,
 Y han de estar en todas partes
 Mi espíritu entristeciendo.

¡Moriré entre muchas *emes*!

— Perdón, señor, que no acierto

En qué podáis cuerdamente
 Fundaros...

— ¡Presentimiento!

Sábelo y ríe, porque risa

Provocan y no respeto

Las vanas supersticiones

Cual ésta que te refero...

¡Moriré entre muchas *emes*!

Tú lo verás...

Bajó el viejo

Los ojos y hondo suspiro
 Dejó escapar de su pecho,
 Y siguió Maximiliano
 Esa frase repitiendo
 Por las alegres callejas
 De castaños y de almendros.
 Lleva inclinada la rente,
 Pálido está como enfermo,
 Y están húmedos sus ojos
 Tan azules como el cielo.

III

Pasáronse muchos años,
 Y una mañana de invierno
 Llegó en una barca inglesa
 A Miramar un viajero.
 El mar estaba agitado,
 Estaba plomizo el cielo,
 Menudos copos de nieve
 Bajando en alas del viento
 Posábanse en las cornisas,
 En las torres, en los hierros,
 En las gallardas almenas

Y en el rico pavimento
 Del legendario castillo
 Tan triste desde hace tiempo.
 Pidió que le permitieran
 El visitarlo por dentro,
 Y acompañóle galante
 Un hombre afable y discreto,
 Blanca y poblada la barba,
 Escaso y cano el cabello.
 — ¿Vivís aquí desde cuándo?
 Interrogóle el viajero.
 — Vivo aquí... pero no vivo,
 Que yo, señor, soy un muerto;
 Me tienen aquí enterrado
 Entre lágrimas y duelo,
 Desde que por negra suerte
 Mi noble señor no ha vuelto.
 Su santa y augusta madre
 Me nombró su camarero
 Desde que cumplió en la vida
 Seis años ni más ni menos.
 Le acompañé á todas partes,
 Me quiso con hondo afecto,
 Y una vez en sus jardines,
 Allá en Lombardo-Venetto...
 Me dijo... Mas perdonadme
 Que calle un rato, no puedo...
 Las lágrimas me enmudecen...
 Y de los ojos del visjo

Rodaron dos grandes gotas
 Iguales á las que el viento
 Arranca por las mañanas
 En el rigor del invierno,
 De los vetustos sabinos,
 Coronados por el heno.
 Habló después, refirióle
 La historia del jardín regio,
 Y así agregó conmovido
 Al hablar estando trémulo :
 — No eran supersticiones;
 Lo que me dijo era cierto ;
 Ha muerto entre muchas *emes*.
 Fué de Miramar á Méjico,
 Imperio de Moctezuma,
 Que lo conquistó un guerrero
 Á quien llamaron Malinche
 Los indígenas del suelo.
 Dos Mariscales de Francia
 Le engañaran y vendieron ;
 Á Querétaro marchóse
 Reemplazándole en su puesto
 Márquez, que según me dicen
 Le olvidó en el mayor riesgo.
 Jefe de los sitiadores
 Era Mariano Escobedo,
 Y cuando cayó la plaza,
 De Miguel López dijeron
 No sé que cosas extrañas

Que á darles fe no me atrevo.
 Cayó con sus generales
 En mayo, y al poco tiempo
 Le fusilaron á Méndez
 Que le tuvo tanto afecto...
 Llamóse Manuel Azpiroz
 El fiscal de su consejo,
 Riva Palacio Mariano
 Fué á la plaza á defenderlo
 Con Martínez de la Torre,
 Abogados muy expertos.
 Con Miramón y Mejía
 Fué á morir mi noble dueño,
Montemayor se llamaba
 Y bien su nombre recuerdo
 El capitán que á su lado
 Hizo la señal de fuego,
 Y era un Mejía el Ministro
 De Juárez, que en el gobierno
 Firmó la fatal sentencia
 Que me tiene en tanto duelo.
 Ha muerto el principe en martes;
 Ya veis, señor, si era cierto
 Lo que me dijo muy triste
 Allá en Lombardo-Venetto...
 ¡Ha muerto entre muchas *emes*!
 Y jamás olvidaremos
 Que llamó cosas de risa
 Á cosas de tanto duelo.

Después, sin decir palabra
 El anciano y el viajero,
 Siguiéron ambos del brazo
 Por los salones desiertos
 Del legendario Castillo,
Tan solo desde hace tiempo.

LA PIERNA DE SU ALTEZA

La frente llena de arrugas
 Y la cabeza de canas,
 Extinguido en las pupilas
 El brillo de la mirada,
 Enfermo, abatido, pobre,
 Perdida su antigua fama
 Después de largo destierro
 Y de infinitas desgracias,
 A Méjico sin honores
 Volvió el general Santa-Ana.
 Todo lo mudan los tiempos,
 Los hombres todo lo cambian
 Y lo que eterno parece
 Es lo que rápido pasa.
 Aquel soldado animoso
 Que frente al poder de Iguala
 Levantóse tremolando
 La enseña republicana;
 Aquel guerrero indomable

A quien la nación premiaba
 Cuando derrotó en Tampico
 A los soldados de España;
 Aquel adalid temible
 Que en Veracruz humillara
 A Joinville y sus soldados
 Dando una lección á Francia;
 Aquel león altanero
 Vencedor en cien batallas
 Que gastó lujos y pompas
 De poderoso monarca,
 Que como á rey le veían
 Y « Su Alteza » le llamaban
 Y era un sol en el gobierno,
 En la historia y en la fama;
 Que siempre pisó laureles
 Y oyó aplausos y dianas
 Porque tuvo entre sus manos
 Los destinos de la patria,
 Después de vivir proscrito
 En una isla solitaria
 Viendo transcurrir los años
 Con decepciones amargas,
 Recibiendo en vez de honores
 Ingratitudes humanas,
 Pidió volver á esta tierra,
 Vivir en su antigua casa
 Y dormir su postrer sueño
 Sobre tierra mejicana;

A la sazón Presidente
 Era Lerdo de Tejada
 Y pronto otorgó el permiso
 Que el héroe solicitaba.
 No del Nacional Palacio
 En las opulentas salas
 Sino en una casa humilde
 De la calle de Vergara,
 El vencedor de Tampico
 De esta manera les habla
 A dos antiguos amigos
 Que en su olvido le acompañan :
 — Asaltaron los franceses
 La tierra veracruzana,
 Yo recibí la noticia
 Medio dormido en mi cama
 Porque llegaron de noche
 Y sin producir alarma.
 Cogí rápido mi ropa,
 Me lanzo para la plaza,
 Y encuentro a dos oficiales
 Que de muerte me amenazan
 Preguntándome rabiosos :
 ¿ En dónde duerme Santa-Ana ?
 Está arriba les respondo ;
 Me dejan la puerta franca
 Y mientras suben y encuentran
 A Arista que allí quedaba,
 Me dirijo a los cuarteles,

Digo a todos lo que pasa
 Y ya con mis tropas listas
 Doy principio a la batalla.
 Caro me costó aquel triunfo
 Pues me arrebató una bala,
 Con peligro de la vida,
 Esta pierna que me falta.
 Premiaronme esa victoria
 Dando como tumba santa
 A los restos de esta pierna,
 Noblemente mutilada,
 Un monumento que estuvo
 Mucho tiempo en Santa Paula ;
 Mas como todo se olvida
 Y todo en el mundo pasa,
 Cuando en desgracia me vieron
 Los que un tiempo me adoraran,
 Aprovechando el desorden
 De la primera asonada,
 Azuzaron a la plebe
 Que lo más santo profana,
 Y que se mueve al impulso
 De quien la adula ó la paga,
 Y derribó el monumento
 Y arrastró ciega de rabia
 Mis huesos, gritando, « muera
 El zancarrón de Santa-Ana. »
 Ya veis, señores, que el mundo
 Así premia las hazañas.

No voy completo á la tumba,
 Pues la pierna que me falta
 Yacerá en un basurero
 De mil modos profanada,
 Cuando hace ya tantos años
 Que la perdí por la patria. —

Al punto que aquel anciano
 Dijo triste estas palabras
 Nueva visita anuncióles
 El toque de una campana.
 Era un hombre pobre y rudo,
 Cano el cabello y la barba,
 El que en aquellos instantes
 Los corredores pisaba.
 Con uniforme de inválido
 Y conduciendo una caja.
 Logró que le permitieran
 Penetrar hasta la sala,
 Y al ver á su antiguo jefe,
 Con ojos llenos de lágrimas
 Dijo así, con un acento
 Que penetraba hasta el alma :

— Mi general, yo he servido
 Con usted mucho á mi patria;
 Fui su asistente en Tampico
 Cuando derrotó á Barradas,
 Luego en Veracruz estuve,
 Fui á Palo Alto y la Resaca
 Y herido en el brazo izquierdo

En la guerra americana.
 Hoy ya inválido me tienen
 Haciendo en el *Monte* guardia;
 Cuando usted ya estaba ausente
 Y fué su pierna arrastrada,
 La recogí con cariño,
 La fui esconder á mi casa
 Y esperando su regreso
 La conservé en esta caja.
 Ya llevo más de veinte años
 De tenérsela guardada,
 Queriendo en sus propias manos
 Venir yo mismo á entregarla,
 No por ganar recompensa,
 Pues no quiero ni las gracias;
 Yo sé bien lo que usted hizo
 En defensa de la patria;
 Y ningún viejo soldado
 En las épocas pasadas,
 Se avergüenza ni se olvida
 De su general Santa-Ana.
 Reciba usted estos huesos
 Que profanó la chinaca
 Y que su viejo asistente
 Guardó cual reliquia santa.
 Levantóse don Antonio
 Y en sus ojos sin mirada
 Brillaron con luz muy viva
 No las pupilas, las lágrimas,

Y con voz trémula y ronca
 Comprimida en la garganta:
 — Ven á mis brazos le dijo,
 Nada soy, ni valgo nada.
 No te voy á dar dinero
 Ni voy á ceñirte banda,
 Pero de tu acción en premio,
 En vez de cruz ó medalla,
 Quiere poner en tu frente
 Su último beso Santa-Ana,
 Que sólo así premiar puede
 Á la lealtad la desgracia. —
 Y cuentan los que lo vieron
 Que aquella escena sagrada
 Fué un bálsamo que dió vida,
 Fortaleza y esperanza,
 Al creador de la República,
 Al noble hijo de Jalapa,
 Á quien sorprendió la muerte
 Pobre sin pompas ni galas,
 Y hoy el Tepeyac lo abriga
 En una tumba olvidada,
 Frente á la cual, los testigos
 De antiguos hechos exclaman:
 Todo lo mudan los tiempos,
 Los hombres todo lo cambian,
 Y lo que eterno parece,
 Es lo que rápido pasa.

NI EL NOMBRE NI EL OFICIO (1)

Cuentan crónicas añejas
 En nuestro tiempo olvidadas,
 Que allá en un pueblo escondido
 De la sierra querétana
 Vivió un español anciano
 Cuyos años delataban
 En la frente las arrugas
 Y en la cabeza las canas.
 Era de carnes enjuto,
 De penetrante mirada,
 De generosas acciones
 Y de muy pocas palabras.

(1) El argumento de este romance corría de boca en boca hace algunos años. — No hace fe histórica, pero hay quien asegure su veracidad y entre ellos, habló conmigo un ayudante del general Mejía, el coronel Tinajero, quien me dijo que conoció y trató á don Darío Bissarda y supo por confidencias de Mejía quién había sido ese personaje y que rango ocupó antes de radicarse en la Sierra. — J. de D. P.